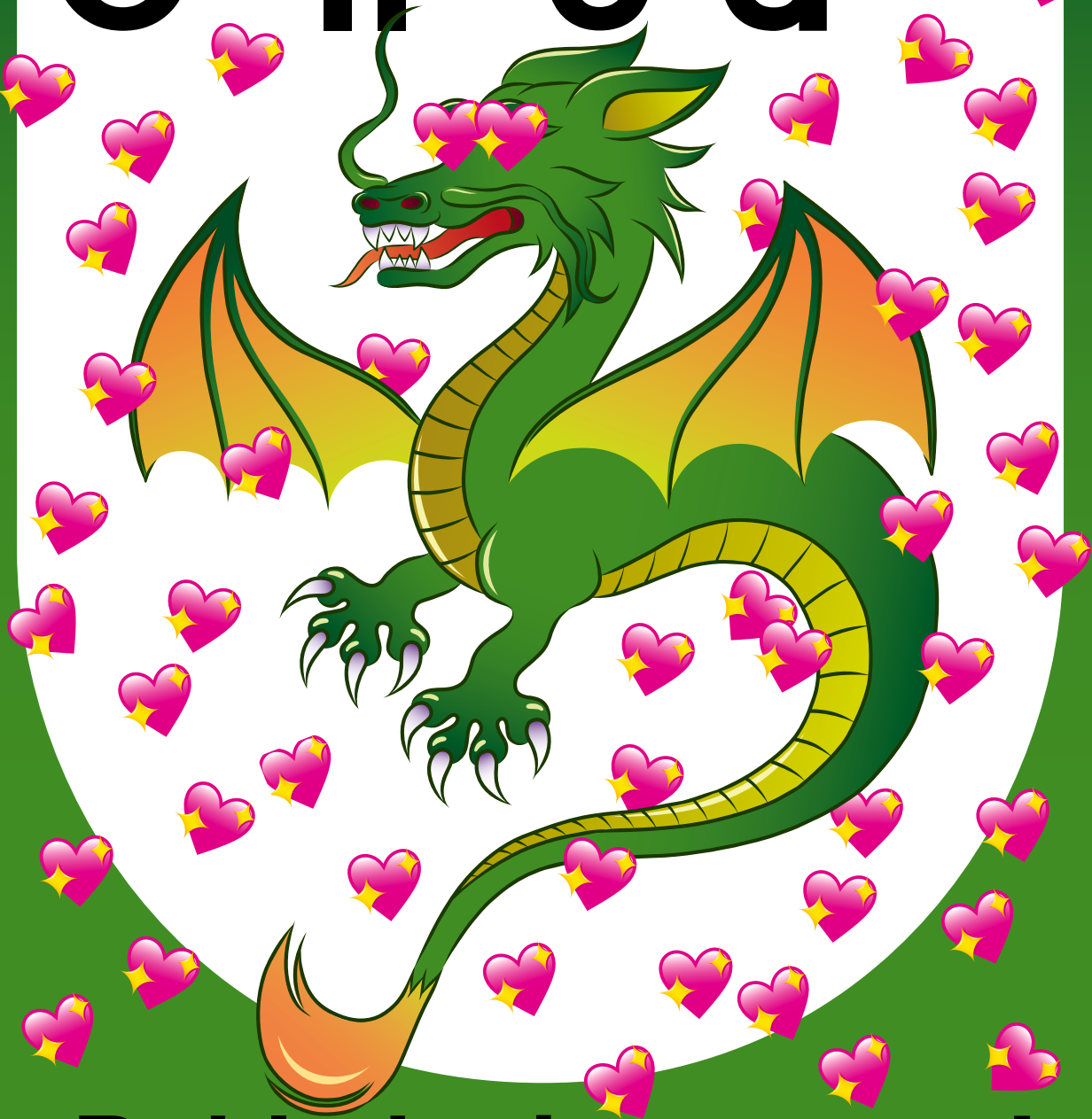


# collegium



## ¡Doblad mis amores!

21.02.–03.09.23 Comisaria: Chus Martínez





# ¡Doblad mis amores!



El arte y los artistas siempre se han interesado por la naturaleza. No hay novedad en ese interés, excepto que los artistas cada vez más quieren manifestar que todos, los seres humanos y los no humanos, compartimos un mismo destino, que nadie puede dominar sobre nadie y que arte y artistas hacen de esa intuición, obra, vida.

La exposición que presentamos aquí tiene que ver con un sentido de la vida que ha ido cambiando y con una forma de hacer arte que quiere ser sensible a las diferentes dimensiones de ese cambio: la suerte, el gozo, la posibilidad de dar forma a las circunstancias que nos rodean y nos hacen sentir satisfechos o insatisfechos... la voz, la presencia. Para ser honestos, las obras no ilustran ninguna idea concreta, o por decirlo de un modo directo: “no van de nada”. Más bien recrean sentires, evocan un sentir hacia aspectos sencillos y fundamentales de nuestra existencia. Como sabéis —y más si sois de Arévalo— el espacio de la capilla es muy especial... y nada fácil si lo que se pretende es que recree el espacio de una sala de exposiciones convencional. La capilla, se quiera o no, se resiste a esa neutralidad, pero nos agasaja, por el contrario, con una atmósfera única que invita a pasar tiempo, a quedarse un rato. Las obras que vais a encontrar tienen como misión acompañaros en ese tiempo. También yo soy de una comunidad no muy numerosa; de hecho, de una aldea de Galicia mucho más pequeña que Arévalo. Así, sé muy bien que el primer interés, la primera preocupación de la comunidad no es precisamente el arte contemporáneo. Eso no quiere decir que no os guste, simplemente que las preocupaciones y urgencias del día a día son otras. Por

esa razón es tan importante ir a parar a la capilla y encontrar solaz y amparo en compañía de unas obras que cada vez que las frecuentáis os van a revelar algo distinto, algo nuevo sobre ellas y algo, también, sobre vosotros.

Digo “cada vez” porque una exposición es un refugio. Se malinterpreta muchas veces el tipo de atención que las obras de arte requieren de su público. En realidad, las obras están aquí más para dar que para recibir atención. A diferencia de la dichosa televisión y los goteos en estéreo que emiten los mensajes de WhatsApp y similares, no se trata de atender a nada ni a nadie, sino de volver a la alegría de encontrar un momento para estar y mirar a algo que no tiene la apariencia ni la utilidad o la función inmediatamente práctica, de uso, de nada de lo que nos rodea normalmente. Es otra cosa, propone una experiencia de orden diferente. Mirad por ejemplo las naranjas que cubren el suelo de la capilla. Se trata de una obra de Álvaro Urbano. Álvaro es de Madrid, pero hace ya algunos años que vive fuera, en Berlín. Hay mil modos de explicar por qué esas naranjas han venido a parar aquí. Si Álvaro mostrase en Alemania imágenes de estas naranjas, seguramente allí asumirán que las presenta en Arévalo porque España es tierra de naranjos. Para nosotros, sin embargo, la asociación entre el norte de Castilla y ese fruto no es nada obvia. Estas naranjas están hechas de cemento y están pintadas. Tiene una cierta gracia que sean de cemento. Nuestro país como ninguno, ha hecho del cemento una bandera del crecimiento económico a través de la construcción, del desarrollo, del capital, de la especulación y de la destrucción de la belleza del paisaje... así que hacer naranjas con cemento tiene su guasa. Uno podría interpretar que la construcción de nuestros pueblos podría darle la espalda a ese material y volver a descubrir la piedra, el barro y la madera y que el cemento quedase relegado para obras de arte, en concreto, frutas de arte. Hace ya muchos años conocí en Alemania a un señor cuyo abuelo había sido una personalidad destacada en la cúpula del partido nazi. Aunque él nunca llegó a conocer a su abuelo, la historia era conocida por todos y ni siquiera, aunque cambiase de apellido, lograría en generaciones alejarse, poner distancia entre él y aquel gran delito. Consciente de que en cierto



**Álvaro Urbano, *Noches en los jardines de España* (2023)**  
**Foto: Trevor Lloyd. Cortesía del artista, Travesía Cuatro (Madrid/GDL/CDMX) y ChertLüdde (Berlín)**



Belén Rodríguez, imagen preparatoria para *Amarillo es el bosque* (2023)  
Cortesía de la artista

sentido tenía la responsabilidad de aportar algo de bienestar y bondad a este mundo, se sumergió en el estudio de materiales capaces de reemplazar el cemento. Para él, la historia del cemento era la historia de una piel que tapaba e impedía crecer la hierba y los árboles, un material frío, feo y gris que no es bueno para nadie. Me acuerdo que invertía e investigaba la posibilidad de dar con un reciclado de vidrio capaz de sustituir el asfalto. Le escuchaba e imaginaba autopistas de vidrio, bonitas incluso, que además fueran capaces de permitir que el terreno respirase, transpirase.

Los patios de naranjos –el más famoso de todos el de la catedral de Sevilla. ¿Habéis estado? Lo recomiendo. Es cautivante la felicidad que puede procurarnos la frecuentación de un patio, de una huerta de frutales. Antes no era insólito que la gente del pueblo pasase tiempo sentada junto a los árboles que dan frutos. Ni qué decir tiene que es un motivo de alegría ver a un naranjo “cargadito” de naranjas y nadie se resiste a pensar que es increíble lo mucho que las ramas son capaces de aguantar. No es de extrañar por ello que los patios de iglesias y monasterios fueran patios de naranjos. Curiosamente, las flores del naranjo –que son muy lindas y blancas– simbolizan en muchas culturas –desde Asia y la India hasta el Renacimiento en Europa– pureza, inocencia, castidad. Las naranjas, por ende, son símbolo de fertilidad. Curiosamente, mi primer texto “serio” tenía por título “De ángeles y mandarinas”. Por aquel entonces yo estaba estudiando filosofía y le puse un título que luego no se explica ni con una línea en aquel ladrillo del pensamiento juvenil. Pero os diré una cosa: al parecer, los cítricos no conducen a Roma sino al Himalaya. Un estudio reciente indica que es allí donde esos árboles aparecieron por primera vez hace más de ocho millones de años.

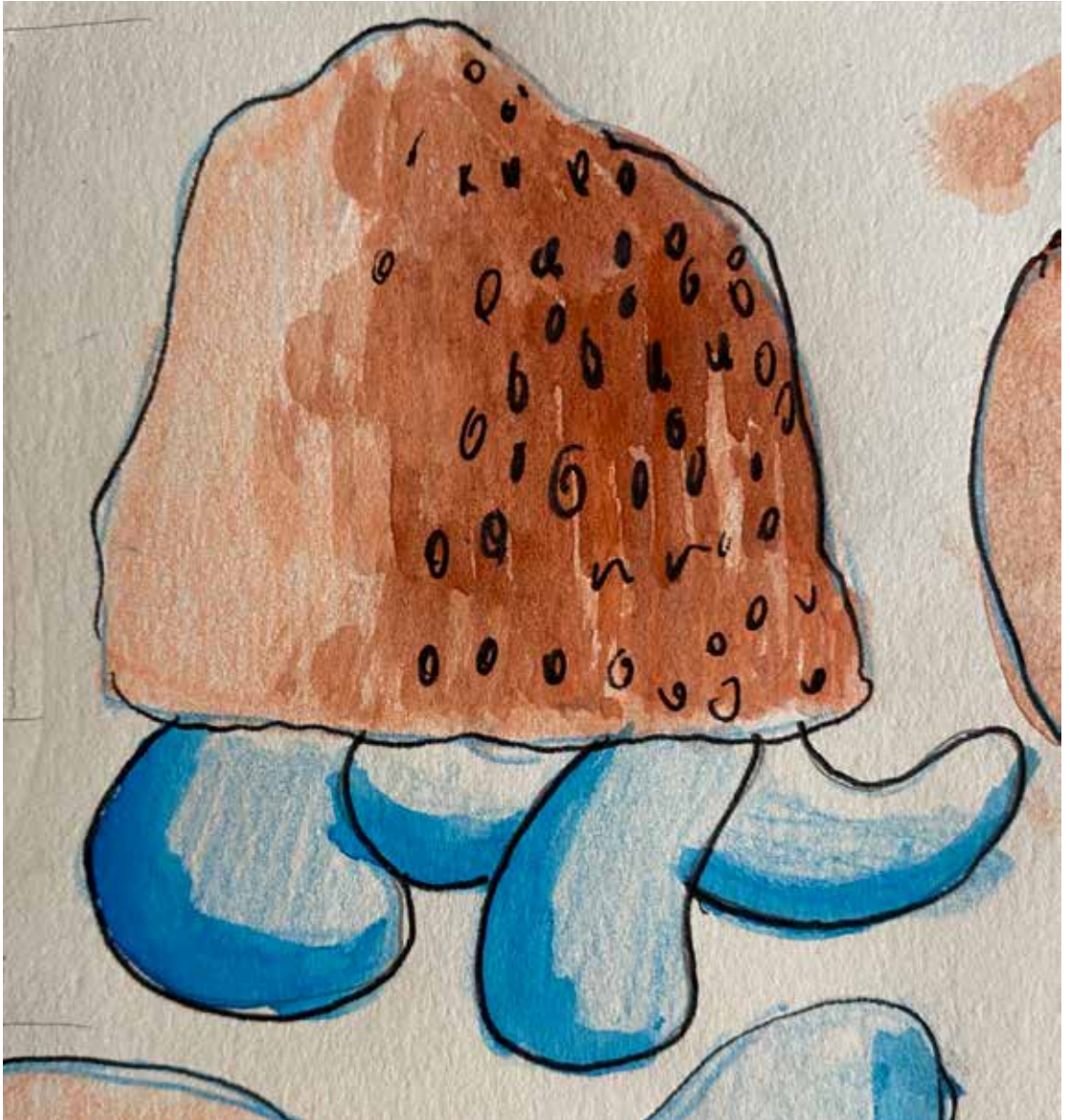
En este contexto podemos entender el impulso de Belén Rodríguez por acercarse a las tradiciones de cada región, sobre todo de la costa norte de España, relacionadas con el arte de teñir con plantas. Belén, que estudió en parte en Viena, quedó prendada de la exuberancia de los tejidos que cubrían las paredes de ciertos palacios imperiales, como el de Schönbrunn, donde vivía la emperatriz Sissi (una obra del

siglo XVIII). Ni qué decir tiene que los libros de viajeros que describían la naturaleza y las edificaciones históricas inspiraron a los artistas de la época a pintar paisajes en los muros. El origen del hábito de vestir ropa de colores está en la voluntad de imitar la frescura y los tonos vibrantes de la naturaleza. Desandar la historia industrial del teñido y acercarse a las plantas que nos rodean para embellecer las telas que nos cubren y arropan nuestras casas es un ejercicio artístico a la vez que un homenaje a todos los que viven en el respeto al campo, a la tierra y al agua. Con los conocimientos aprendidos y además su grandísimo saber hacer, paciente y bello, Belén ha creado un bosque para todos nosotros. Los pigmentos naturales recrean así lo que son y se nos presentan con la alegría de saber que el bosque siempre es una fuente de alivio. Sé que diréis que este es un bosque abstracto, pero no diríais lo mismo de los restos de tierra que nos quedan en las manos y la piel después de un intenso día de trabajo en el campo. Esa tierra es real y este bosque es real porque esos pigmentos son árboles, son la substancia misma de las plantas.

¿Os he contado ya que en mi aldea hay una piedra ancestral? En el cruce de varios caminos que conducen a los campos de cultivo fuera de las lindes del pueblo hay una piedra decorada con la figura de una serpiente muy, muy antigua. Esa piedra marca el cruce de caminos y en algún momento no muy reciente de la Historia “los curas”, como decía mi abuela, le plantaron un “cruceiro”—una cruz de granito—sobre esa piedra. Así se compensan las ideas y sentimientos supersticiosos con creencias más reguladas e institucionalizadas. Hace años lo busqué en internet. Solo por saber si nuestra piedra y Google estaban en contacto. Y sí, aparece. La máquina de buscar la describe como “sencilla y misteriosa”. Para misteriosos, todos los de mi aldea, conmigo incluida, pero ¿la piedra? Sencilla sí es, es una piedra grande, voluminosa y de tacto suave porque ha sido erosionada por la misma lluvia que nos ha erosionado a todos los de esa parte de la costa. Lo de “misterioso” no tiene misterio alguno para la gente de esos lares. En la piedra se ve una serpiente. Una vez vino de la ciudad un señor profesor y la asociación de marisqueros organizó un paseo con gran comida final —que es lo que nos mueve—, y el señor de la ciudad lanzó



la tesis de que la figura de la serpiente era una especie de conjura contra el Maligno. Mi abuela, siempre de negro, y pasada de conjuros, se giró hacia nosotros y dijo: “se nota que este señor no ha salido con las vacas a cortar hierba por este juncal... aquí la piedra dice bien claro lo que te vas a encontrar, campesino: ¡culebras grandes, a mares...!”. En uno de los laterales de la capilla hallaréis una presencia que me recuerda un poco a mi piedra con serpiente, pero que en realidad no es piedra sino montaña. Me recuerda a la piedra con serpiente por la capacidad que tienen algunos objetos, algunos volúmenes y motivos, de hacernos volver siempre a ellos. Si Belén nos ha regalado un bosque, Teresa Solar, la autora de esta pieza, nos regala una montaña. Teresa Solar Abboud, que vive en Madrid, tiene una maravillosa madre que es de Egipto. Me permito hablar de ella porque es profesora de literatura y sin duda la historia y las tradiciones de su cultura ancestral se han filtrado en la imaginación de toda su familia. De hecho, esta es una montaña con patas, seguro que ya os habéis dado cuenta. La única montaña que tuvo la facultad de moverse se halla en Egipto. La leyenda cuenta que los cristianos coptos —una minoría en Egipto— fueron capaces de salvaguardar su religión y su identidad gracias al milagro obrado por San Simeón el Zapatero (en el siglo X d.C.). Cuenta la leyenda que, a finales del siglo X, el califa musulmán fatimí Al Muizz se empeñó en comprobar la veracidad de la fe cristiana. Así que llamó a su palacio al que era entonces el máximo jefe de la Iglesia ortodoxa egipcia, el papa copto Abram Ibn Zaraa y, tras un intenso debate teológico, le pidió que demostrara con hechos que la fe mueve montañas. Efectivamente, le pidió que desplazase la montaña de Moqatam al este de El Cairo. El papa se recluyó a orar y así le fue revelado el nombre de un simple artesano —Simón el zapatero— que obraría el milagro. He leído el milagro y lo que no puedo aclarar es si, tras mover la montaña, los cristianos coptos ortodoxos edificaron su templo —que es una enorme cueva que se abre hacia el exterior en forma de anfiteatro y que puede albergar a 15.000 almas—o si la construcción y el previo vaciado de la montaña es lo que se considera el milagro de su “movimiento”. El caso es que nuestra montaña con patas tiene un precedente glorioso y estoy segura que si os sentáis junto a ella a pensar en las musarañas e imaginar otros milagros



Teresa Solar, imagen preparatoria para *Montaña Mágica* (2023)  
Cortesía de la artista

estará encantada. Dudo que Teresa Solar pensase en esa montaña concreta de Moqatam a la hora de concebir esta nuestra. Pero siempre es entretenido sacarle parecidos a los recién nacidos y ver cómo se fortalecen así los vínculos entre familias; esta vez, familias de montañas. Algunos mitos hindús señalan que los elefantes y las montañas tenían alas —y no patas. Puestos a imaginar, y dadas las grandes distancias que separan la cordillera Himalaya, considerada como la fuente y la madre de todas las montañas del sur de la India y de Sri Lanka, es normal dotar de alas a las montañas y no de patas. En esa parte de Asia también es normal referirse a trifurcas entre montañas para explicar la aparición —como de la nada— de algunas rocas de gran calibre, como Sri Lanka. Aparentemente en un rifirrafe entre montañas una salió mal parada y acabó cayendo al mar y convirtiéndose en la isla de Sri Lanka. Lo que nadie explica, y me parece una verdadera lástima no saberlo, es por qué discuten las rocas. Al igual que los humanos, sería lógico pensar que el volumen y el tamaño les atormente... pero tal vez intervengan factores de un orden más poético, como su relación con las nubes. Muy cerca hemos estado — en nuestras conversaciones Teresa Solar y yo— de conseguir hacer una pieza afín a la prolífica mitología de Indochina (Laos, Vietnam, Camboya). Ahí sí, y no en mi piedra en Galicia, hay mucho misterio con templos y deidades grandes y muy muy grandes, excavadas en la roca. Es curioso ver cómo todas estas historias nos vuelven a interesar. En el fondo no hay campo sin cuentos, y no hay nada más agradable que escucharlos contar. Nuestra montaña tiene patas simplemente porque ha venido a veros, hasta Arévalo a escuchar esos cuentos, a servir de excusa para recordar historias y para inventar otras para mantener así el vínculo entre la gente. La voz es la más capaz de las facultades de hacernos felices, de hacernos entrar en un trance y para luego dejar una memoria de un momento especial como escuchar un buen cuento.

Los cuentos, además, no solo se explican a otros, sino a nosotros mismos. Soñar despiertos con ganar la lotería es un ejercicio mental maravilloso. La suerte es un concepto increíble que nos mantiene siempre alerta y con la esperanza de que en un horizonte cercano la

vida nos vaya a cambiar para bien. Por supuesto, esa esperanza está también relacionada con el hecho de que somos animales temerosos de las fuerzas externas, algunos temerosos de Dios, de la enfermedad, del accidente... Esa es la razón por la que estamos siempre dispuestos a invertir en ilusión. La suerte tiene, además, una dimensión escapista. La mayoría de nosotros no tenemos más remedio que trabajar, de manera que abrazamos cualquier fantasía que nos libere de semejante purgatorio. Por no hablar de la repetición... unos lo llevan mejor que otros, pero vivir de forma similar día tras día no es tarea fácil. La mayoría de las familias en mi aldea, por no decir todas, tienen parientes en América o en Suiza, principalmente. La pobreza, la falta de recursos y de trabajos remunerados de forma conveniente forzó a uno o más miembros de cada familia a marcharse muy lejos, sin educación, muchas veces sin saber ni siquiera leer o hablar ningún idioma que no fuese nuestro dialecto del gallego. Un día, cuando yo tenía ocho años, apareció en la aldea un coche alargado blanco, una limusina, de esas que se ven en las películas americanas. De allí se bajó una moza que preguntó en el pueblo por mi abuela. La casa de mis abuelos está al final de la calle que cruza el pueblo, un poco apartada de la penúltima, al final de un camino de tierra bastante accidentado por el que semejante coche no pasa. Así que los tres ocupantes del coche aquel no tuvieron más remedio que hacer ese camino andando, y no pudieron evitar que la comitiva que les guiaba engordara a cada paso hasta convertirse en una verdadera procesión. Nuestra casa no tiene timbre, avisa el perro de que hay gente y normalmente alguien acompaña sus ladridos con el grito del nombre de la dueña de la casa: “¡Puraa!”. Salimos todos los de la familia para sorprendernos con la reacción de sorpresa de mi abuela, que jamás había visto a gente como aquella, ataviada de un modo singular para nuestra aldea. “¡Tía! ¡Somos Rosario y Andrés!”. Rosario era el nombre de la madre de mi abuela y Andrés el de su hermano, emigrado a Buenos Aires cuando tenía quince o dieciséis años. Tras esa primera sorpresa, vino el grandísimo asombro de ver por primera vez en la vida a sus sobrinos, hijos del hermano más querido y al que ella nunca volvió a ver. Abrazos, lloros ampliamente amplificadas por la mayoría de vecinos de la aldea escabechados en la empatía de vivir una vida muy similar a la de mi



**Pep Vidal, imagen preparatoria para *Golpe de suerte* (2023)**  
**Foto: Lucía Berron. Cortesía del artista**

abuela. A todo esto, mi abuela pregunta: “¿cómo habéis logrado pagar los billetes?” —puesto que su hermano por teléfono repetía como una letanía que no volvían a Galicia porque no tenían con qué pagar. “Ay, tía, los ha pagado él”—señalando a un hombre, también joven, que aún no había sido presentado. “Es mi marido. Tía, él es futbolista del Boca Juniors, y nos ha invitado a mi hermano y a mí”. La historia de la boda de una sobrina de Pura con “Maradona” todavía circula por el pueblo.

Imagino la cara de estupor de Pep Vidal, artista y matemático, que normalmente vive en Barcelona, al entrar en la habitación de una casa de Arévalo que iba a ser derruida y ver una gran cantidad de números de la lotería del Gordo y del sorteo del Niño, enganchados a una pared. Cada décimo de lotería que compró esa familia, ¿corresponde a la posibilidad de realizar un único sueño, como ver a un hermano?

¿O cada oportunidad de ganar nos descubre una fantasía distinta? En el texto en el que nos explica su idea para realizar un trabajo para esta exposición, Pep describe su sorpresa y su fascinación. No es para menos. En los pueblos las conversaciones a menudo versan sobre cuestiones pragmáticas, chismes y políticas de varias naturalezas. Sin embargo, aun cuando uno se ha visto, aquí y allá, y ha hablado de forma casual con unos y con otros, no sobran las oportunidades para abrir el corazón y describir los anhelos privados de cada uno. Diré más, precisamente porque uno no sabe ni cómo empezar a contar lo que verdaderamente le gustaría —por materialista, vulgar o tonto que ese sueño pueda parecer—la televisión lo cuenta por nosotros y nos engancha con programas que nos replican esas fantasías. Leía el otro día que mientras una cantidad importante de hombres sueñan con tener alguna vez una aventura, las mujeres sueñan directamente con dejarlo todo. Quién sabe si esos décimos premiados en la fantasía de quien los compra estaban pensados para adquirir una vida más cómoda. Una casa con piscina, un cochazo, unos trajes imponentes, unos banquetes de nunca acabar, unos Rolexes, liposucciones varias, prótesis de silicona e inyecciones de lo que haya para mejorar el aspecto... O, por el contrario, los décimos representaban, cada Navidad, la coyuntura perfecta para visualizar ante los ojos de esa familia una gran puerta, una puerta que se abre y permite a todos abandonar el pueblo y huir. Sin intención alguna de ofender a la comunidad yo me decanto por lo segundo. Aparentemente, cuenta Pep Vidal, los números corresponden casi por igual al sorteo del Gordo y al sorteo del Niño, el sorteo de Reyes. Podríamos especular que mientras el premio gordo se corresponde con la ficción de la máxima implementación del bienestar material, el sorteo del Niño es el gran premio de los escapistas. La fiesta de Reyes es mi fiesta favorita, y diría que por las mismas razones por las que esa persona optó por apostar por números correspondientes a ese sorteo. Los Reyes encarnan a personajes fantásticos y diversos que vienen de lejos en camello cargado de tesoros. No solo vienen de lejos, sino que esas tres figuras representan tres fuerzas, energías de ensueño que nos podrían también llevar con ellos. Todo lo que viene, va, por así decirlo. Hablo también de familia y no de un comprador único de lotería porque cuando uno

pega los recibos a una pared ya sabe que los van a ver todos. Es, por así, decirlo, un acto de amenaza —os vais a enterar como gane— y de rebeldía. Por todas estas razones, Pep ha decidido replicar aquí esa habitación. Igual os habéis fijado, pero las imágenes que ilustran los décimos de Navidad son siempre religiosas y estamos en una iglesia, aunque haya dejado de estar en activo. Está claro que Pep, al menos en este trabajo, aunque de mente matemática e interesado por descifrar un patrón numérico que le diese más pistas sobre cómo esa persona calculaba ganar el premio, está también interesado en realizar una suerte de cámara mágica. La invocación es propia de todas las religiones; rezar es invocar, ponerse en contacto directo con los espíritus para lograr que nuestros deseos sean atendidos. Las iglesias se piensan y se decoran al detalle y con lujos y riquezas porque la creación de un lugar pleno parece lo más adecuado para interpelar a los más altos poderes. Por esta razón, recrear esa cámara de la suerte que él encontró en esa casa ya abandonada de Arévalo, dentro de otra, nuestra iglesia-museo tiene todo el sentido. Doblar, duplicar, multiplicar todas las fuerzas positivas, todas las querencias, todos los buenos deseos, todas las imaginaciones entregadas a soñar con un lugar mejor es la meta última de este proyecto.

Arcas, cuartos ocultos que albergan tesoros, y relicarios son figuras de una misma familia. Es cierto que, para nuestra vida política, y por muy buenas razones, pedimos siempre transparencia. Pero lo que realmente nos gusta es el secreto y el misterio. No hay nada malo en ello, bien llevado, claro. Se trata de un rasgo que nos acerca también a los animales que entierran sus huesos preferidos y guardan sus semillas y frutos a buen recaudo. A diferencia del trabajo, que es la organización racional de la vida, el misterio nos ofrece un oasis de vaguedad que nos encandila. No saber algo exactamente nos gusta porque nos motiva a acercarnos a eso que todavía no conocemos desde otra perspectiva. Lo misterioso mantiene nuestra atención. Por ejemplo, a mi modo de entender, uno de los grandes problemas de las comunidades rurales es ver, y yo lo observo con verdadero desespero, que los niños se aburren en las clases y que poco a poco se abandonan a otros quehaceres y dejan de estudiar. En mi aldea es así

y ha sido así por generaciones. No hay absolutamente ninguna razón ni un solo indicio de que la gente no posea la capacidad o el talento para entender lo que se le explica. Simplemente, esos conocimientos no se relacionan con sus vidas diarias, y los métodos no se corresponden con los gustos y las afinidades no solo de los estudiantes, sino tampoco con las de sus familias. Mi padre, sus hermanos y sus primos tenían alguna que otra finca y se permitieron estudiar en la escuela rural del pueblo. Mi padre jamás ha mostrado atracción por la lectura, aunque es un apasionado de la escucha. En una de las visitas que me hacen anualmente en Suiza, donde trabajo invirtiendo toda mi energía en educar a jóvenes artistas, mi padre se interesó por dos de mis alumnas de máster. Se trata de dos maravillosas artistas gemelas que, sin yo ser consciente, son de una aldea de la misma ría que la nuestra. A la pregunta: “¿qué les quieres preguntar?”, me responde: “quiero saber de quién son nietas porque he oído que su padre es de nuestra aldea”. Por suerte, a los pocos días topamos con ellas por la calle — vivo en una ciudad pequeña. Mi padre se acerca y pregunta: “¿por casualidad vuestra abuela era Paquita de las Delicias?” Efectivamente lo era. Resultó que la abuela era una señora del pueblo con unas facultades extraordinarias que por esa razón “regentó” la escuela de la aldea durante años. Una escuela en la que todos los niños grandes y pequeños compartían el mismo espacio. Para mi padre el encuentro tenía la dimensión de un pequeño milagro. Aparentemente, esa mujer que nunca fue a ninguna escuela tenía el arte y las dotes de enseñar a otros. El sobrenombre —no hay ninguna familia o ser vivo en mi aldea sin sobrenombre— respondía precisamente al hecho de que en su forma de enseñar y transmitir hacía las delicias de los niños. Esa es la principal habilidad de la necesaria magia y del misterio: convertirnos en seres capaces de creer que hay poderes que trascienden la banalidad de este mundo y tienen, por tanto, la capacidad de afectarlo positivamente.

En su visita a Arévalo, a Regina de Miguel, que es oriunda de Málaga, pero que lleva ya algunos años residiendo en Berlín —como Álvaro Urbano— le sorprendió que a muchos de los santos del altar les faltasen las manos. Las manos tienen una importancia central en la





**Regina de Miguel, imagen preparatoria *Mística* (2023)  
Cortesía de la artista**



Marc Vives, imagen de *still* de vídeo de *La Fiesta* en La Casa Encendida (2021)  
Cortesía del artista

religión, y en general en la historia de la transmisión sin palabras. Las manos expresan el ruego en la oración. Pero más importante aún: la imposición de las manos, el gesto de colocar las manos de alguien que tiene carisma sobre otra persona como un acto sanador. Eso es lo que son los santos: sanadores, hacedores de buenas obras con sus manos, como los artesanos y los trabajadores. No tengo idea de los hechos que explican las razones del porqué a esos santos del altar de nuestra iglesia-museo les faltan las manos. A buen seguro hay teorías verosímiles que lo explican. Imagino, sin embargo, miles de situaciones muy duras, difíciles: pobreza extrema, condiciones climáticas que dañan la única fuente de ingresos, la cosecha, o enfermedades que aquejan a los animales o a la comunidad, hambrunas, necesidad de encontrar a un vecino desaparecido... Es de ahí que a buen seguro nace la expresión: mano de santo. La sabiduría popular tiene y nombra un posible remedio a nuestros males y por ello faltan las manos.

La maravillosa película de Regina está en un nicho-capilla lateral. A buen seguro el sonido os guiará hasta el espacio. Ahora que os habéis apercebido de la falta de las manos en los santos del altar entenderéis mejor por qué Regina crea una película, una animación digital, en la que nos devuelve no esas manos, sino muchas, cientos de manos de santos. Manos de gentes, manos de suerte, manos que planean sobre nuestra realidad cargadas de energía, como las reliquias, para poder así ayudarnos con nuestros quebraderos diarios de cabeza. A mayor júbilo hay voces que cantan mientras diversos objetos y manos entran en danza. La suya es una obra que se refiere a la mística. La mística que, nos ha hecho famosos por siglos, alude a la capacidad de caminar sobre el agua, de dar paseos en las nubes, de voltear el arcoíris ... En otras palabras: la mística nombra un estado en el que nos olvidamos de nosotros y entramos en un trance que parece sobrenatural. Sé lo que estáis pensando y que atribuíis esa posibilidad solo a los santos. Pero en verdad no es cierto. Estoy convencida que en un país tan pragmático como el nuestro, tan arraigado a la tierra, a las cosas que son tangibles, con un sentido del humor tan feroz capaz de bajar a todos a la tierra a carcajadas, un par de místicos, incluso una docena de místicos no han sido, ni fueron ni serán capaces de

encumbrar la mística. Lo realmente extraordinario de lo nuestro —y que tienen muy pocos otros— es el sentido raro y maravilloso de la amistad. El espíritu santo es otro nombre para nuestros compadres y mejores amigos. Es desde la amistad que elevamos las manos en oración para que no le pase nada a nadie, para que la juega continúe un poco más y con salud. Es por amistad que nos olvidamos de nosotros y levitamos. Levitamos por un buen rato, durante esos momentos extraordinarios en los que todo el mundo se parte y nadie sabe dónde empieza o acaba el chiste. La cabeza se nos agranda y vemos visiones en la cara del otro, del que nos cae genial y también de ese otro que nos cae fatal, pero que al fin y al cabo es el amigo de un amigo. Es esa la mística que celebra la obra de Regina, la mística de los millones de manos amigas que nos esperan para acariciar nuestras manos como la gran señal de ese “eres genial y te quiero”.

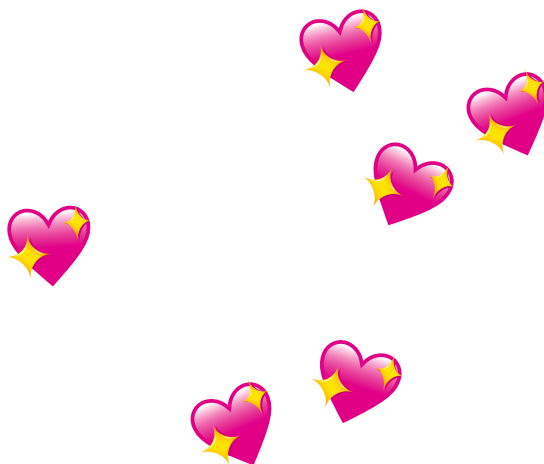
Uno de los males contemporáneos es el hecho de que nada puede acontecer sin un nombre. Apenas surge un problema o se identifica un conflicto humano surgen voces para preparar su bautismo. Es necesario estar atento a los problemas y prestar atención a los que realmente la necesitan en un contexto en el que las circunstancias vitales de tanta gente son difíciles y generan dolores que no solo se reflejan en el cuerpo sino también en el alma. Pero también es cierto que cuando lo que ocurre se nombra, se escucha menos. Es un poco como el nuevo afán por el orden. En el momento en el que encontramos el lugar perfecto para situar un objeto nos invade un sentimiento de alivio. El ser humano, sin embargo, no es una ristra de polos y camisetas perfectamente doblados que pueda uno colocar plácidamente en el armario. Más que saber el nombre de nuestras angustias queremos compartirlas y así comprobar que también otros las padecen. Colectivizar es una manera de aliviar la presión sobre un punto, sobre uno mismo, y permitir un respiro que abra la puerta a un posible remedio.

La performance, que es una palabra inglesa que significa algo similar a actuar, es un modo de hacer arte muy difícil de describir. Podría decirse que históricamente nace al comprobar que el movimiento —no

necesariamente la danza, sino la expresión del movimiento a través del cuerpo—, ayuda a la comprensión del mundo y a tolerarlo. Surge casi como una conversación sin palabras en las que alguien expresa y nadie puede y quiere saber muy bien cuál es el mensaje. Hay tantos tipos de performances como de personas y artistas. Lo más importante —a diferencia de otras formas de arte— es la presencia, el hecho de que el artista está ahí, delante de nosotros, y nosotros delante del artista. La presencia es fundamental. Todos lo sabemos. La presencia define las experiencias y crea una memoria de las mismas, distinta a las de la voz de una máquina. No me malentendáis. No tengo nada en contra de las pobres máquinas, simplemente creo que tampoco ellas han encontrado su lugar. Marc Vives, que reside en Barcelona, siempre se ha distinguido por hacernos pensar en eso, en la relación entre nuestra presencia y el lugar. Lo que muchas veces propone en su obra no es otra cosa que confundirnos un poquito más, pero de manera que esa experiencia se nos quede en la cabeza. En su página web lo pone bien claro: “siempre que puedo canto o nado”. Os diré que después de leer eso, también yo siempre que puedo canto y nado. Hay expresiones —cortas y claras— que contienen más sabiduría que todas las curvas de la retórica juntas. Cuando mis alumnos se agobian —y la gente joven se agobia con facilidad— siempre les recomiendo que naden o canten y que luego vengan y me lo cuenten. Lo mismo recomiendo al personal docente, más mayor, y que se agobia también con facilidad: “canten y naden ustedes”. El agobio es la performance que nos asigna el capitalismo con trabas y papeleos y miles de momentos de buscarse la vida para que la cosa no acabe aún peor. Primero te da inseguridad y luego emerge el agobio. Las performances de Marc Vives no son nada monumentales. Debéis imaginar su obra como la intervención, el gesto de un amigo que está siempre ahí y hace cosas para vosotros. En esta ocasión, para nosotros, canta. Sí, Marc canta (o ha cantado, depende cuando leáis este texto) el día de la inauguración. A ese cantar, Marc le llama “la fiesta”. Bueno, es una noción un tanto particular, porque no se trata de una chirigota ni entretenimiento de calle, sino más bien de un hecho medio surrealista que ocurre en la plaza del pueblo. Para ello toma prestados textos, de un sociólogo francés, una conferencia que dio hace mucho (1939), y los interpreta

a su manera. Estoy segura de que por poco que sepáis de sociología francesa no la identificáis con nuestro concepto de fiesta. Vamos, que está en las antípodas... un tostonazo. Pero de ahí la gracia, porque esos señores de la academia poco podían imaginar que sus frases podían acabar como estrofas de canciones y melodías en un bonito pueblo de la provincia de Ávila. La letra con sangre no entra, no debe jamás entrar, pero ¿con fiesta? Hay algo muy respetuoso y fresco en la manera de hacer de Marc Vives. Por un lado, respeta a todos aquellos que han hecho un esfuerzo desde los libros y las academias por explicar el mundo. Por otro reconoce abiertamente que una cantidad importante de ese material no es relevante en las circunstancias normales de la vida diaria. Su fiesta honra a ambos bandos, al académico obsoleto y a los que pasan soberanamente de él.

Chus Martínez,  
Comisaria





**Regina de Miguel  
Teresa Solar  
Belén Rodríguez  
Álvaro Urbano  
Pep Vidal  
Marc Vives**



**Collegium**  
Calle de la Alhóndiga, 20  
05200 Arévalo, Ávila  
[www.collegium.art](http://www.collegium.art)

**Horario de visita:**  
11 am – 14 pm  
17 – 19:45 pm  
Abierto de Jueves a Domingo

**Créditos**  
Texto: Chus Martínez  
Diseño gráfico: Studio Manuel Raeder  
Impreso en España 2023, Palermo Artes Gráficas